

La frase idiomática “without rhyme or reason” (*sin ton ni son* / trad. lit. *sin rima ni razón*) evoca la colaboración antigua entre el sonido y el sentido de las cosas por la manera en que uno antagoniza al otro, informando a la poética. Si la Anábasis de Jenofonte, también conocida como “La Marcha de los Diez Mil,” se formula dentro del contexto del lenguaje, e invita a preguntar si el cuerpo y su repetición bio-mecánica, de algún modo presuntuosa y todavía simiesca, da sentido al proceso sonoro de des-subjetivación—digo, *la marcha*—y las razones por las cuales el Estado crea la cuestión del individuo y las masas. Al menos esto pienso mientras leo. Desde la costa hacia el interior del país, desde lo pastoral y su horizonte idílico del sentido humano hacia el imperio de la capital y su labor, la Anábasis habita la metáfora de la ruina. Eso no sorprende. Al contrario, hace recordar lo romántico, lo sublime, y, más bien, una estética de pérdida y de luto.

El vocablo ofrece el momento de intersticio necesario para concretizar el sonido, mientras la ciudad hace una ruina de estos momentos. Tengo la sensación de que bajo la ciudad cada vez más vigilada, transformada en panóptico, una cacofonía no es solamente audible sino legible. Sin embargo, las revisiones históricas del Estado callan cualquier interpretación sensible. La boca y el cuerpo, conocen la ciudad como lo hace un soldado. Son movimientos rutinarios. Son la inscripción de la ciudad y una manera totalmente teleológica de escribir. El sonido del mar, el campo, unos pájaros, ceden a la riqueza empalagosa de la vida y los propósitos de la historia. Luego los procesos de leer encabezan teorías y prácticas como la deriva de Debord, mientras las energías sociales y arquitectónicas van desplomándose dentro de todo el lenguaje, donde sentido y sonido confunden tiempo y espacio.

Jenofonte fue un sicario-historiador griego en Persia, y Cortés fue un conquistador-proselitista español en México. En sus cartas, Cortés se asombra de la vitalidad de Tenochtitlán, cuya belleza durante el siglo XVI solamente podía compararse con Granada por los españoles, y por ende, con el mundo Islámico. Así, Cortés trajo el ruido de una ruina al campo geo-histórico del Otro, trasplantando el lenguaje epistemológico de un campo sobre lo que él consideró ser el silencio composicional del pueblo Mexica. En 2016 las representaciones lingüísticas del zócalo y su radio admiten las emanaciones de este palimpsesto a través del vehículo principal del lenguaje: el comercio. Observar las transacciones de la población parece una bruteza banal del capitalismo global, pero desde la perspectiva subalterna de un sitio de articulación plurívoco, las condiciones para nuevas lecturas siguen brotando.

¿De quién seguí los pasos durante la Anábasis de la Ciudad de México?
¿Desde qué fuentes inscribí a la ciudad dentro de mí? Estas preguntas, y otras, problematizan cualquier sentido del intento de apropiarse a la Anábasis como un modo de narrar la ciudad. Pues, ¿quién sigue las invitaciones del comercio para interiorizar a la ciudad en la biomecánica del pulso y la respiración que encara a la infinidad? Es la poética de la ciudad que presenta más resistencia a la totalización. Leer no se vuelve una serie de narraciones, sino el avanzar a trompicones para incitar el sentido-temporal del vocablo. Entre la reverberación de grandes historias, el bucle (loop) del presente, y las ruinas silenciosas de los futuros-pasados, doy un paso después del otro.

Caminar por la ciudad, leer su lenguaje, y entrar a su sentido temporal, dramatiza cierta consciencia de clase dado que la yuxtaposición de sus elementos sonoros es la composición en sí misma de las clases sociales, a la cual llamo 'el poema'. Mientras alguien vende buche y carnitas, otro está comprando zapatos de marca. Acá, alguien es un ciudadano y en la calle perpendicular otro recientemente migró sin identificación. Uno ofrece todo a gran ganga al mismo tiempo que otro extiende la mano por limosnas. La Anábasis de Jenofonte se trata de la relación del evento, lo que se denomina historia, pero estos pasos que marco son más bien la devoción del escriba medieval encargado de la tarea de copiar un texto. El poema cuenta con su capacidad vocal porque se aprende de memoria (*by heart*). El dictado es su propia marcha. Sin duda, en gran parte de lo que dice, miente.

La veracidad de la razón tiene límite. Más allá, los significados se pierden en la profundidad más resonante del sonido. Hoy escuché “I am sitting in a room” de Alvin Lucier: *I am sitting in a room different from the one you are in now. I am recording the sound of my speaking voice and I am going to play it back into the room again and again until the resonant frequencies of the room reinforce themselves so that any semblance of my speech, with perhaps the exception of rhythm, is destroyed. What you will hear, then, are the natural resonant frequencies of the room articulated by speech. I regard this activity not so much as a demonstration of a physical fact, but more as a way to smooth out any irregularities my speech might have.*

Sin las frecuencias resonantes de la ciudad, temo que todo lo que quedará será una procesión de fantasmas. Entre esta procesión y la marcha, entre las formulaciones del cuerpo escrito, me gustaría pensar que el léxico de carnaval existe. El espacio de la ciudad ofrece tal posibilidad dionisiaca donde el lenguaje opera como un registro anárquico del pueblo. Es lo que el poema trata de cumplir. La Anábasis hace poco para recordar esta posibilidad, aunque sí añade otra voz con la cual el ruido de la ciudad hace un doblaje de un habla originario y logocéntrico. Importa poco si este habla viene de la voz del Estado, de la Gestalt humana, o de Dios. Las irregularidades serán alisadas.

—Una semana de notas después de una Anábasis de la Ciudad de México

Anábasis de la Ciudad de México

Christopher Rey Pérez